

ALMANAQUE

DE

“El Imparcial,,

PARA 1901

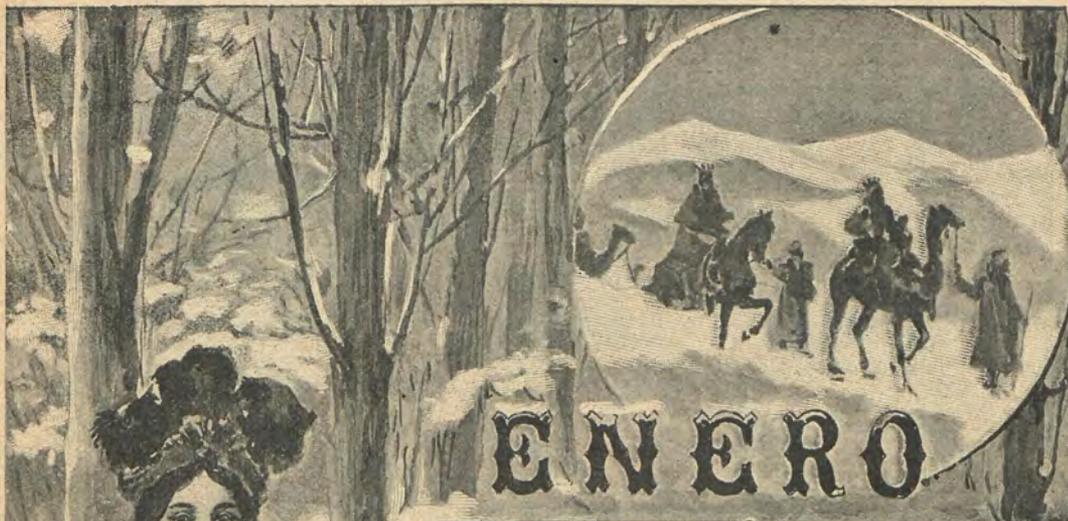


MADRID

ROMERO, Impresor.—Calle de la Libertad, 31.

TELÉFONO NUMERO 875

1900



- 1 Martes.—✠ LA CIRCUNCISIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Santos Almaquio, m., Fulgencio, ob., Eugenio, ab., y Eufrosina, vg.
- 2 Miércoles.—La venida de Ntra. Sra. del Pilar, Santos Argeo, Narciso y Marcelino, mrs., Martiniano, ob., y Macario, abad.
- 3 Jueves.—Santos Antero, p. y m., y Genoveva, vg.
- 4 Viernes.—Santos Tito, ob., Aquilino, Gémino, Eugenio y compañeros mrs., Gregorio, ob., y Benita y Dafrosa, mrs.
- 5 Sábado.—Santos Telesforo, p. y m., Prisciliano, m., Simeón, monje, Sinclética y Emilianita, vgs.
- 6 Domingo.—✠ LA EPIFANÍA DEL SEÑOR, Santos Melanio, obispo, Macra, vg., y Nilamón, cf.
- 7 Lunes.—Santos Luciano, Félix y Jenaro, mrs., Crispín, obispo, y Teodoro, monje.
- 8 Martes.—Santos Luciano, Maximiano y Julián, mrs., Apolinar y Severino, obs.
- 9 Miércoles.—Santos Julián, m., Basilisa, vg., Marciana, virgen y mártir, Pedro y Marcelino, obs.
- 10 Jueves.—Santos Nicanor, diac. m., Agaton, p., Gonzalo, confesor, Juan Bueno, ob., y Pedro Urseolo, cf.
- 11 Viernes.—Santos Higinio, p. y m., Pedro, Severo y Leucio, mártires, y Honorata, vg.
- 12 Sábado.—Santas Taciana y Arcadia, mrs., Juan y Probo, obispos, y Benito, ab.
- 13 Domingo.—✠ Santos Potito, m., Leoncio y Agricio, obs., Vicencio, cf., y Glafira, vg.
- 14 Lunes.—Santos Hilario, ob. y d., Félix, pbro., Eufrasio, obispo, Julián, Sabas y Macrina.
- 15 Martes.—Santos Pablo, primer ermitaño, Mauro, ab., Secundina, vg. y m., Máximo, ob., y Macario, ab.
- 16 Miércoles.—Santos Fulgencio, ob. y d., Marcelo, p. y m., Honorato, ab., Priscila y B. Estefana de Quinzanis, vg.
- 17 Jueves.—San Antonio, ab., Ss. Diodoro, Mariano y cps. mrs., Sulpicio, ob., y Leonila, m.
- 18 Viernes.—La Cátedra de San Pedro en Roma, Santos Prisca, virgen y m., Deicola, ab., y Librada, vg.
- 19 Sábado.—Santos Canuto, rey y m., Germánico, Ponciano, Mario, Marta y cps. mrs., y Basiano, ob.
- 20 Domingo.—✠ EL DULCÍSIMO NOMBRE DE JESÚS, Santos Fabián y Sebastián, mrs., Mauro, ob., y Eutimio, ab.
- 21 Lunes.—Santos Fructuoso, Augurio y Eulogio, mrs., Inés, virgen y m., y Epifanio, ob.
- 22 Martes.—Santos Vicente y Anastasio, mrs., Gaudencio, ob., y Domingo, ab.
- 23 Miércoles.—Santos Ildefonso, arz., Raimundo de Peñafort, confesor, Emerenciana, vg. y m., y Clemente, ob. y m.
- 24 Jueves.—Nuestra Señora de la Paz, Santos Timoteo y Feliciano, obs. y mrs., y Surano, ab.
- 25 Viernes.—La Conversión de San Pablo ap., Santos Ananías, Donato y Sabino, mrs., y Santa Elvira, vg. y m.
- 26 Sábado.—Santos Policarpo, ob. y m., Teógenes, ob. y compañeros mrs., Paula, vd., y B. Margarita de Hungría, vg.
- 27 Domingo.—✠ LA FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA, Santos Juan Crisóstomo, ob. y d., y Dativo, Julián, Vicente y cps. mrs.
- 28 Lunes.—Santos Julián, ob., Flaviano, m., Juan, pbr., Santiago, ermitaño, y B. Verónica de Vinasco, vg.
- 29 Martes.—Santos Francisco de Sales, ob., d. y fd., Valerio, obispo, Constancio, ob. y m., Aquilino, m., y Sulpicio Severo, obispo.
- 30 Miércoles.—Santa Martina, vg. y m., Santos Hipólito, m., y Lesmes, ab., y Santa Sabina.
- 31 Jueves.—Santos Pedro Nolasco, cf. y fd., Saturnino, Tirso y Víctor, mrs., Marcela y la B. Luisa Albertona, vds.



Ahí te quedas, siglo amargo

Si es positivamente cierto aquello tan manoseado de:

*Nessun maggior dolor che ricordarsi
del tempo felice nella miseria,*

ningún mayor placer—incluso el de ser civil—va á haber para Juan Español durante el siglo xx que acordarse de todo lo que ha pasado y padecido durante el siglo xix.

Y no es que yo crea que el siglo nuevo haya de traer á España el suspirado y anhelado *tempo felice*, del cual no se ha vuelto á tener noticias desde la edad y siglos aquellos que el bueno de Don Quijote ensalzaba con un puñado de bellotas en la mano.

El siglo xx, con estas sus dos grandes *equis* enigmáticas, se nos aparece como el siglo de la *doble incógnita*. ¿Qué nos vendrá de fuera? ¿Qué nos saldrá por dentro?...

Lo que yo creo, mejor dicho, lo que espero—porque la esperanza es la única virtud teológica que recibe algún culto entre españoles—es que si á la *corta* se nos presenta el nuevo siglo tan enojoso y miserable como el que le ha precedido en nuestra destrucción, á la *larga*, y previo algún cataclismo con que conmemoraremos dignamente el *centenario de 1808*, el siglo xx habrá de ser, de seguro, el siglo de la paz.

Claro está—también esta claridad es muy segura—que esa paz que espero, naturalmente sentado, no será la consabida *paz octaviana*.

Paréceme, amigo Pangloss, que no es éste el país llamado á improvisar otro imperio de Augusto. Más bien, ó *más mal*, será la tan acreditada *paz de los sepulcr*:

Aun en forma tan lúgubre, no podremos menos de dar por muy bien llegada la quietud, pues á fe que si algún epitafio viene bien al pueblo hispano es aquel de:

HIC QUIESCIT
QUI NUNQUAM QUIEVIT.

No se acongoje el lector por tanta metáfora funeraria. Estos descansos de los pueblos no son mortales de necesidad. En nuestro malhadado siglo xix hemos visto resucitar de entre los muertos á Italia y Grecia, reducidas como estaban á la fea condición de meras expresiones geográficas... Sin descender tan hondo en la fosa de la Historia, España se ha ganado cumplidamente un derecho, algo parecido al *derecho á la pena* de que hablaban los krausistas: el derecho á un reposo «purgatorial» del cual resurjan la raza y la nación vivas, recias, alegres y pujantes, encaminando sus *energías inextinguibles*—y al decir eso sí que aciertas, amigo Pangloss,—por los caminos que hasta hoy les han cerrado la insidia y la desidia.

Por eso espero que el siglo xx sea en definitiva el siglo de la paz, después de desollado el rabo que nos deja el siglo xix. Rabo diabólico, en verdad. Si fuese de buey, serviríanos al menos para una buena sopa.

Y por eso también, cuando yazga España en el seno de esa ansiada paz—nada beatífica, pero muy purificante, — pasará ciertamente muy buenos ratos recordando los ratos malísimos que le ha dado el siglo XIX.

Hay quien quisiera que al saltar a través del fugitivo cuarto de segundo que separa las dos centurias, atravesáramos también el río Leteo, y lo pasado, pasado. ¡No, por los dioses! Dejemos el Leteo, y aun el Jordán, á los retóricos, sean paganos ó cristianos. Conservemos, por el contrario, muy viva la memoria, á ver si con ello se nos avivan entendimiento y voluntad.

«La palabra *imposible* no es francesa», dicen que solía decir Napoleón. Lo mismo pudiera decirse en España de otra palabra que debería aparecer en todas y cada una de las páginas del Diccionario: la palabra *escarmiento*.

Y á *San Escarmiento* debería encomendarse también todo fiel cristiano y español en todos y cada uno de los días del siglo que entra.

He ahí—y por algo es este un artículo de almanaque—el Santoral y el Diccionario que yo quisiera ver rigiendo en nuestro pueblo hasta que el siglo XXI dijese á este Lazaro... de Tormes: «Levántate y anda».

Copioso y famoso surtido de efemérides deja el siglo XIX á su sucesor. Si en el que empieza continúan estando de moda—como es de temer—los centenarios conmemorativos, en todo un centenario se les va á pasar el siglo á los españoles. ¡*Risa para todo el siglo!* según pregonan los vendedores de librecitos chistosos.

«Hoy hace cien años de tal gloriosa catástrofe...» «Hoy hace cien años de tal honrosa derrota...» «Cien años hace hoy de la emancipación del territorio tal...» «Cien años hace hoy del rapto de la colonia cual...» «Cien años ha se iniciaba la guerra civil del año tantos...» «Cien años ha empezaba la guerra civil del año cuantos...» «Hoy se conmemora el primer centenario del alzamiento A...» «Hoy se conmemora el primer centenario de la revolución B...» «Un siglo justo se cuenta hoy desde los horribles fusilamientos de H...» «Un siglo justo cuéntase hoy desde las horrendas matanzas de X...» Y así todo el siglo, sin que apenas haya lugar en estas inacabables y siniestras efemérides un huequecito para los discursos célebres y las comedias famosas, que han hecho tantos estragos como las sediciones y las guerras.

El diablo tiene, como Don Juan, su corres-

pondiente Leporello que lleva el catálogo correspondiente de las grandes barrabasadas que ha hecho su amo en cada nación del orbe durante el endemoniado siglo XIX. En tal parte, han sido ochenta; en tal otra, ciento; acá, doscientas; acullá, trescientas,

*ma in Ispagna...
mille e tre.*

Así, contadas de pronto, no parecen muchas las atrocidades gordas—no hay para qué recordar las menudas—que debemos al demonio que ha regido nuestros destinos en el siglo XIX; pero como éste (y que me rebata Villaverde la cifra) no ha salido á más de treinta y seis mil quinientos días, resulta que por cada treinta días de los transcurridos ha padecido España algo muy gordo y muy grave, y todavía queda un respetabilísimo pico que puede disputarse D. Carlos de Borbón con el avechucho que más le venga en gana.

De esas *treinta y seis mil quinientas* jornadas, no pasan de *tres* las verdaderamente honrosas y gloriosas para toda la nación y toda la raza. Y aun esas, inútiles y estériles se quedaron por culpa del error, de la pereza, de la concupiscencia, de... Se va á hacer este artículo muy largo.

E pur si muove.

Y sin embargo, raza y nación duran y perduran. Ya te he dicho, amigo Pangloss, que creo firme y sinceramente en eso de las *energías inextinguibles*. Las acredita en lo pasado y nos las garantiza para lo futuro una experiencia, inextinguible también, de desatinos sangrientos y de equivocaciones inútilmente suicidas. No se sabe en la Historia de otro pueblo que más haya «tirado á matarse» sin conseguirlo.

Esa tan admirable como dolorosa experiencia, nos demuestra que no hay pueblo *más rigurosamente constituido* que el pueblo español. Pero, ¡ay, Pangloss! es que tampoco existe otro *más detestablemente educado*.

Por lo cual—y sirvan estas líneas finales de «fe de erratas»,—en vez de esperar que el siglo nuevo se limite á darnos la quietud penitencial y un escarmiento de menor cuantía, y en lugar de repetir á tontas y á locas los huecos vocablos de *regeneración, reconstitución, rehabilitación* y otros así,

soñemos, alma, soñemos

con que el siglo XX habrá de ser resueltamente para España lo que nuestros bisabuelos soñaron que fuese el XIX: *el siglo de la educación.*

MARIANO DE CAVIA.



D. Federico Rubio

MI querido amigo el Director de EL IMPARCIAL, ha tenido el singular empeño, honrosísimo para mí, de que al pie del retrato que encabeza estas líneas, el menos autorizado de los admiradores de D. Federico Rubio trace la semblanza científica del cirujano ilustre, honra y prez de la medicina española contemporánea.

Semejante empeño, con serme particularmente grato, constituye para mí tarea muy espinosa, porque me pone en el trance de juzgar de los méritos de un sabio á quien sólo he conocido en la ancianidad; es decir, cerca del ocaso de las actividades del espíritu, y corro el riesgo de que sus émulos traduzcan en parte mis justificados elogios como homenajes de la amistad y debilidades del cariño. Además, ¿quién desconoce los altos merecimientos científicos y profesionales de D. Federico?

Vibran todavía en nuestros oídos los ecos de los elocuentes discursos recientemente pronunciados en ocasión solemne, y en los cuales los más brillantes discípulos del maestro proclamaron los inapreciables servicios rendidos por éste á la ciencia médica española; y nadie ha podido olvidar aún aquellos artículos entusiastas publicados en popularísimos diarios, en los cuales los devotos del gran doctor sevillano dejaron por igual espigado el campo de la crítica razonada y del justificado aplauso

No pudiendo, pues, entretejer en la corona de pensamientos consagrada al maestro por sus admiradores una nueva flor, voy á limitarme á dibujar breve y desaliñadamente la impresión íntima que guardo de la personalidad intelectual de D. Federico, desprendiéndola en lo posible de esa atmósfera dorada con que el cariño y la gratitud suelen agrandar y embellecer el contorno de las grandes figuras.

Como todos los talentos superiores, D. Federico es una naturaleza compleja, y esta complicación mental es el secreto de sus grandes éxitos. En él hay, no uno, sino varios hombres: el cirujano, el maestro, el escritor y el patriota.

Cirujano, él fué quien popularizó en España la alta intervención quirúrgica y los métodos de la antisepsia y la asepsia, que habían revolucionado en el extranjero el arte operatorio; él se adelantó entre nosotros á disipar ese supersticioso temor que inspiraban las cavidades orgánicas, y sobre todo el peritoneo, arca santa en cuyas paredes se detenía miedoso el bisturí, enseñándonos que cuando el operador lleva la anatomía por antorcha, la asepsia por escudo y la ejecución rápida y artística por método, el organismo, tan avaro de la integridad de sus órganos viscerales más nobles, se resigna á perderlos, entregándonos sin protestas y como tributo rendido á los exquisitos miramientos del arte y á las sabias presunciones de la ciencia, pedazos tan importantes de la gran máquina vital, como la laringe, el riñón y el ovario; él inauguró en España los estudios histológicos, que aplicó con tino singular al diagnóstico de los tumores, evitando así los errores de aquellos cirujanos á la buena de Dios que antaño se estilaban; él, en fin, fundó y desarrolló las especialidades quirúrgicas con sus inolvidables enseñanzas de la Escuela de Terapéutica operatoria del hospital de la Princesa, plantel lucido de peritísimos oculistas, ginecólogos, laringólogos y cirujanos generales.

Como maestro rayó D. Federico á grande altura, porque lo fué por vocación, por imperiosas exigencias de su naturaleza mental, inclinada por igual al estudio, á la observación personal y á la labor docente. Y no obstante lo poco favorable del medio en que difundió su enseñanza, logró crear escuela y adoctrinar numerosa falange de brillantes discípulos.

¡Lástima grande que nuestros gobiernos, por escrúpulos legales, muchas veces olvidados en favor de medianías científicas, cerraran á D. Federico el paso al aula universitaria, y privándole con ello de ejercer acción más íntima, viva y provechosa sobre la juventud!

D. Federico es también orador, y orador brillante. En sus sabias lecciones, el pensamiento tiene á su servicio una palabra elocuente, precisa, reflexiva, á veces pintoresca y nunca olvidada del decoro que pide la exposición de la ciencia. Cuando discute parece tener siempre razón, porque en él, como en todos los grandes oradores, la sugestión completa la obra del argumento y va más allá de la lógica. En su boca las hipótesis parecen verdades y las verdades dogmas.

Como escritor es castizo, fácil, correcto; posee el don de hermosear cuanto toca y de ennoblecer lo pequeño, de hallar lo precioso en lo baladí; su estilo abarca todos los tonos, plegándolo maravillosamente á la índole del asunto; posee, además, el arte de contar primorosamente, prestando vida y color á la narración, cuyo vigor aumenta con toques emocionales de gran efecto. Por raro maridaje, júntanse en D. Federico dos cualidades que suelen andar separadas: la palabra y

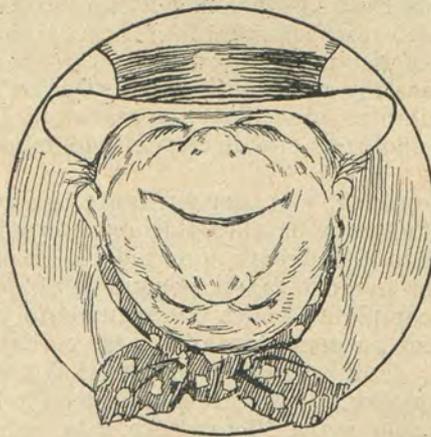
la acción. Posee voluntad y perseverancia para producir y crear, y es dueño, además, de una memoria y una imaginación que le permiten exponer primorosamente el fruto de su labor, combinación feliz de talentos; porque la acción y el pensamiento originales autorizan la palabra, y á su vez la palabra realza y embellece el pensamiento.

Por último, en D. Federico, el *hombre*, sobre todo el *patriota*, supera quizás al cirujano y al orador. Con ser grande como sabio, vale más como carácter. Yo admiro mucho en D. Federico el dictador del bisturí, el zahorí del diagnóstico quirúrgico, el mágico prodigioso á quien el organismo abre dócilmente las junturas de los órganos más recónditos; le admiro cuando, oficiando de pontifical, rodcado de sus apasionados discípulos, esculpe con el bisturí los límites de maligno tumor, y salva de muerte segura á un desgraciado; pero le admiro y le venero mucho más al recordar la generosidad con que en el apogeo de su soberanía quirúrgica abrió á sus discípulos las puertas de la notoriedad, sacrificándoles lo más brillante de su propia clientela; cuando le contemplo anciano ya, erigir exclusivamente para la caridad y para la enseñanza ese admirable Hospital de la Moncloa, modelo de nosocomios y síntesis de una experiencia quirúrgica de cincuenta años; cuando, llegado á la edad en que no queda tiempo para cosechar el fruto de las arduas iniciativas, le miro empeñado con juvenil ardimiento en la publicación de su hermosa *Revista Ibero-Americana*, archivo del pensamiento médico español, revista destinada á desarrollar entre nosotros el espíritu de investigación y de crítica, y á señalar á la juventud el verdadero camino de nuestra emancipación intelectual y de nuestro renacimiento político, renacimiento que no vendrá por ministerio de un imposible poderío militar, sino por el trabajo intensivo, por el pensamiento original, exportando tantas ideas como mercancías, compensando, en fin, la pequeñez en que ha venido á parar la Geografía patria con el ensanche de nuestra Geografía moral, con la colaboración cada día más honda y grande en la obra común de la civilización europea.

S. RAMÓN Y CAJAL

FACIL ENCUENTRO

Inglaterra.—¿Dónde diablos está mi hermano?



John Bull.—Aquí estoy.

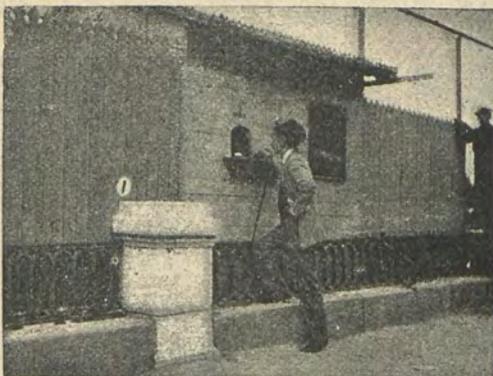
Caricatura del «Ulm», de Viena

En el estanque

Historieta por Asenjo.



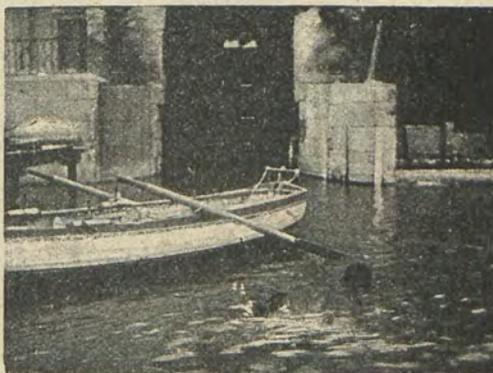
—Decididamente me mato; mi suegra es inaguantable; salgo á paliza diaria.



—Un billete... (para el otro mundo).



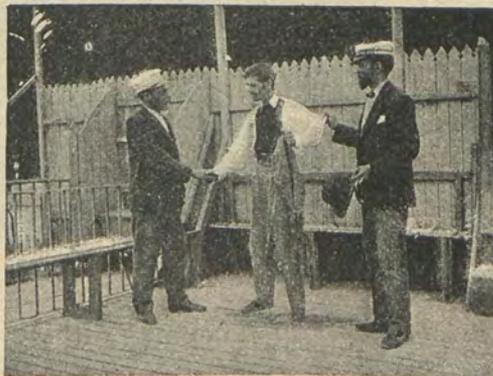
—Este es buen sitio; aquí acabó to lo.



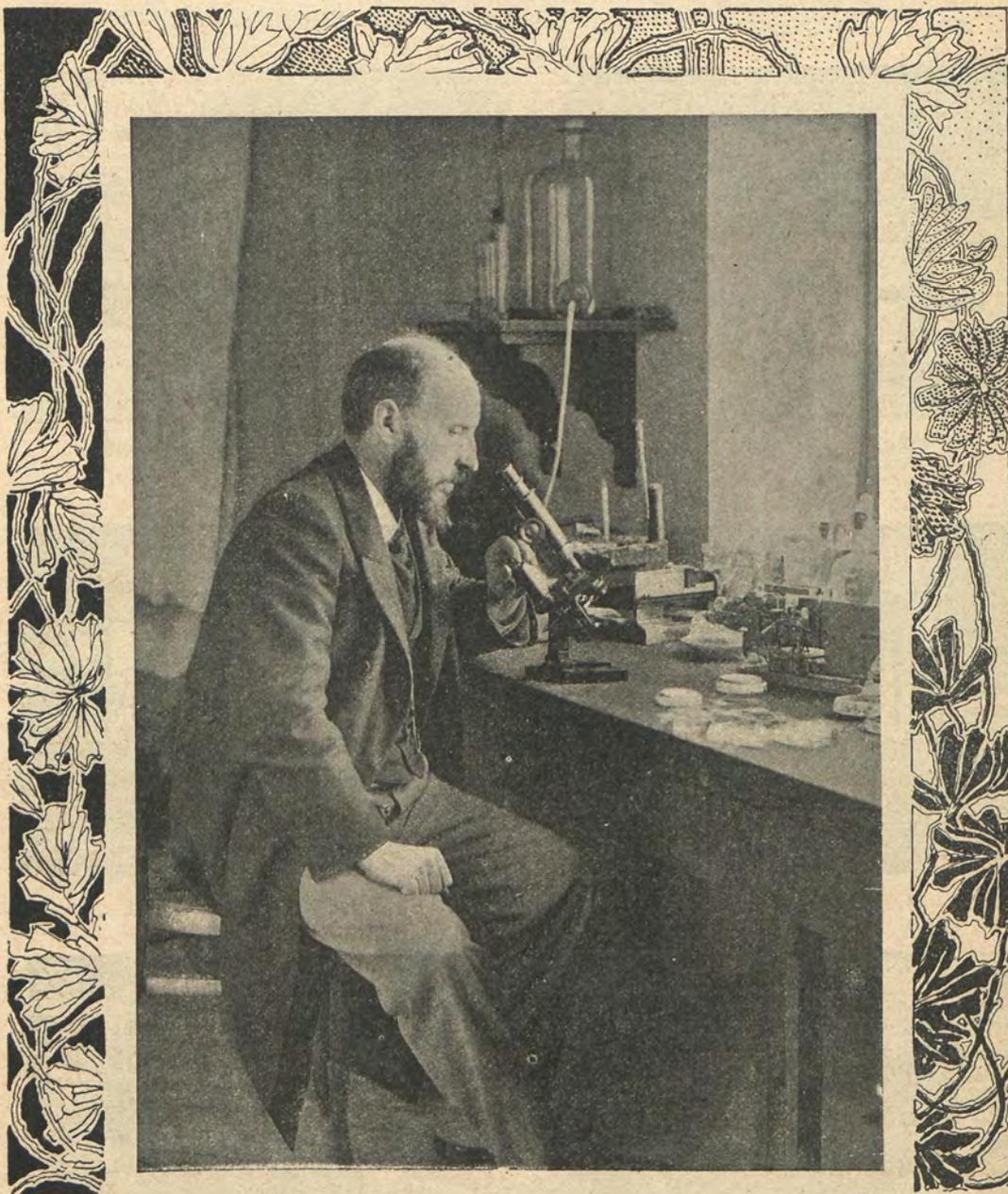
— ¡..... y á las tres!



—¡Socorro, que me ahogo!!!...



—Gracias, amigos. Si me llego ahogar, valiente paliza me da mi suegra.



Ramón y Cajal

EN SU LABORATORIO

EL INVENTOR Y EL ESCRITOR

OR boca de mi amigo y compañero el Dr. Verdes Montenegro, me pide unas cuartillas el director de EL IMPARCIAL sobre el profesor de San Carlos don Santiago R. y Cajal.

¿Qué puedo yo decir que no sepa todo el mundo?
Su biografía se ha escrito varias veces; se ha publicado en muchos periódicos y revistas nacionales y extranjeros.

De la bibliografía de sus obras impresas no hay qué decir. Dicho está, notado y apreciado lo que valen y en ellas se contiene. Yo mismo, el más humilde de sus críticos, escribí y publiqué hace años una de tan valiosos libros.

¿He de repetir lo que allí dije? Sería impertinente.

Tampoco sería agradable para el Dr. Cajal que convirtiera el presente escrito en incensario. Estoy cierto que fatigaría su respiración. El Dr. Cajal es una de esas raras personas que estiman merecer el aprecio público, pero que rehuyen la manifestación del mismo en su propia cara y frente á frente.

El Colegio de San Carlos ha tenido siempre la fortuna de contar en su claustro cierto número de excelentes profesores.

Hoy los tiene también, y algunos tan estimables, que ocupan en el lugar de mis afectos el lugar más preeminente.

Demás está decir que se encuentra entre ellos D. Santiago Ramón y Cajal.

¿Y por qué?

No será, ciertamente, por su buena cara. Porque, á la verdad, su cara no tiene nada de particular; ni es fea, ni tampoco expresiva. No es de esas, cual la de Letamendi, que revelaban un superior artista y algo que se salía de lo común.

Sin embargo, aunque de fisonomía seria y poco movida, para mí es simpática, porque es cara firme, franca, viril, aragonesa. Pero como el mejor criterio para juzgar de hombres y cosas está en ver los frutos que producen, hace muchos años que, sin tener el gusto ni el honor de conocer ni tratar al profesor Cajal, le dediqué todo mi respeto y toda mi inútil consideración envuelta en un cordial afecto.

Y creo que así se debe hacer. Porque, ¿qué importa que un hombre tenga un superior talento y hasta vastísima instrucción, si nada hace ni nada produce? ¿Si emplea su vida en chirigotas é ingeniosidades, malgastando las dotes que le dió la naturaleza? Desgraciadamente, de estos intelectuales infecundos, por mil causas que sería prolijo señalar, los hay en España á miles.

Por eso mismo, cuando tropiezo con una persona, más ó menos inteligente al parecer, no me fijo para valorarlo en su despejo ni en lo que dice, sino en lo que hace. Esto es, en si es huero ó si no es huero.

Nadie podrá dudar de la fecundidad de nuestro ilustre aragonés. Fecundidad tanto más estimable, cuanto que la produce en el campo más intrincado, difícil y laberíntico de las ciencias.

Explorar, investigar y hacer descubrimientos importantes en la estructura íntima de la médula y cerebro, representa una labor más penosa y difícil que explorar el Polo Norte.

Luego, el Dr. Cajal es tan sincero, revela en la exposición de sus trabajos una probidad y un despegamiento de amor propio y de todo lo que no sea amor desin-

teresado por la ciencia, que cautiva á la persona que sabe leer entre líneas y sacar el hilo por el ovillo.

Así me explico yo que, á pesar de conocerse tan poco nuestro idioma y de haber tantos sabios extranjeros dedicados al mismo género de estudios que el Dr. Cajal, se le haya señalado y distinguido entre todos como el merecedor de un premio verdaderamente internacional.

Cuando se le mira en su cátedra y en su modesto laboratorio, se dice: «Bueno, un gran profesor de histología.» Pero tras el juicio que expresa dicha frase queda un vacío. ¿Nada más que un excelente profesor? Siéndolo, lo menos que es, es eso. Y tanto es lo menos, que á ser yo ministro lo relevaría de la obligación de dar la cátedra. No me parece conveniente que al que tiene el alma pendiente de una investigación ó de un importante descubrimiento, se le diga: «Deja eso, suspende tu labor, distrae tu atención, y anda á explicar á los alumnos el epitelio pavimentoso.»

Como tampoco considero conveniente que, por favorecerlo, se le dé un cargo y otro cargo, quitándole el tiempo y distrayéndolo de su principal labor. Désele un sueldo ó gratificación anual, si no tan cuantiosa como se suele hacer en otros países, lo suficiente para que pueda vivir con comodidad y desahogo, y no se le obligue á más cargo que uno, porque de otro modo, en ir y venir de aquí para allí, de la casa á la Facultad, de la Facultad al laboratorio y del laboratorio á este ó el otro Instituto, se le pasará el día y esterilizará el favor, lo que no ha logrado hacer infecundo la pobreza, las escaseces de medios y las mil dificultades que ha tenido que vencer para llegar á donde ha llegado.

Ha llegado á *inventor*, á *hallador* de secretos íntimos de la estructura de las partes más recónditas y nobles de los sentidos, de los movimientos y de la inteligencia.

Al lector no ha de parecerle poca cosa. Así me parecía á mí, y por eso lo estimaba. Mas con grande justicia fué elegido académico de ciencias. Presentó su discurso; lo leí, y resultó que el fecundo investigador no era sólo un pacienzudo, inteligente y tenaz observador, hábil en el dominio de su técnica, sino también uno de los escritores más correctos, claros, elocuentes y galanos de nuestra época. Y sobre escritor, un original pedagogo de estudios superiores. Y sobre pedagogo, un pensador profundo; y sobre pensador de altos ideales, un patriota nobilísimo, que ama á su nación tanto ó más que á su ciencia, que es cuanto se puede decir. Desde entonces la cara inexpresiva y seria del Dr. Cajal me parece hermosa.

Ejemplo vivo de laboriosidad y virtudes, es un dechado que todos debemos imitar, y que sin duda alguna, con otros profesores que le acompañan, ha de influir poderosamente en la regeneración de nuestra patria.

FEDERICO RUBIO Y GALLI.



EN EL SIGLO XX

LA EVOLUCIÓN DEL VESTIDO

En el siglo que viene volveremos, ó volverán, los que vivan, á vestirse como se vistieron nuestros padres.

La evolución del traje masculino es evidente.

Y en verdad que dicha evolución responde á una restauración del buen gusto, porque cuando nuestros hijos y nietos vean dentro de cincuenta años cómo nos vestíamos nosotros, se reirán de sus antecesores.

Solamente en el siglo XIX ha tenido el hombre la idea de llevar las piernas metidas en fundas con el nombre de pantalones, y cubrirse la cabeza con un tubo estrecho y largo llamado sombrero de copa.

Todo el siglo ha ido el hombre vestido así, y sin habérsele ocurrido más modificación del traje anterior que alargar hasta el suelo los calzones y subir hasta el cielo el chapeo.

¿A qué idea artística ha podido responder tan raro y absurdo modo de vestir? Se ignora; pero el hecho es que los trajes de los siglos XVI, XVII y XVIII eran preciosos, y los de éste son horribles.

Mientras el hombre llevó espada ó espadín, los trajes fueron artísticos. Desde que empezó á usar bastón, se vistió de una manera deplorable.

Al calzón, la casaca, la chupa y el sombrero bajo, sucedieron las levitas y gabanes y pantalones, unas veces estrechos y otras anchos, que robaron al hombre toda esbeltez y gallardía, y el sombrero de tres picos.

Pero la evolución se nota y va muy de prisa, y el lector puede observarla conmigo.

Lo mismo en Francia, que es el país que impone al mundo entero la moda, que en España, donde no hacemos más que imitar la moda francesa, el sombrero de copa va desapareciendo. Apenas se lleva en las provincias, decae en las grandes capitales. Va siendo prenda de un momento, de etiqueta, de noche, de ópera, de todo menos de uso constante, como lo era hace veinte años.

Y en cuanto al pantalón largo, está mucho más llamado á desaparecer que la forma poética, la cual vive y vivirá eternamente.

Lo que no pudieron ó no se atrevieron á hacer los *modistos* y demás gobernadores de la moda, lo han hecho las costumbres nuevas del siglo XIX.

La bicicleta ha dado la primera señal de nuevos tiempos para el traje hombruno.

Para el *sport* del ciclismo hubo que volver á lo que los franceses llaman *culotte* y nosotros calzón.

Ya establecida la novedad, hubo muchas gentes en Francia que prefirió el calzón corto al largo, y que pasea por las calles con prenda tal. Aparecen como ciclistas sin serlo; pero se visten á su gusto.

Al mismo tiempo, está ya generalizado uso del calzón corto negro en los grandes bailes, en las fiestas de corte. Se usa también para la caza, para viajes por las montañas. Un poco más, y será prenda diaria.

Los que inventan en París las modas, lanzaron hace ya dos años los chalecos de color, que también se llevan mucho entre nosotros. Chalecos de color café, verdes, moteados, con botones de capricho; pero chalecos de color, que en cuanto se alarguen un palmo, serán las *chupas* de antaño.

Y el *hongo*, que antes sólo era de una forma, tiene ya muchas. Redondo, cuadrado, de alas anchas y blandas á la chamberga y, por último, y esa es ahora la moda francesa, puntiagudo.

De modo que un hombre con un calzón de ciclista, un *chaquet*, un chaleco de colores y un sombrero hongo cuadrado ó en punta, está ya casi vestido como se vestían sus bisabuelos al principio del siglo que acaba.

Faltará la espada; pero como los bastones de ahora tienen puños ricos y caprichosos, ya que por fortuna no tengamos necesidad de ir armados por las calles, llevaremos en la mano lo que pudiéramos lla-

mar palos artísticos. Dentro de diez años no se verá ni un par de pantalones ni una *chistera*.

¿Habremos ganado?

Seguramente, porque el hombre metido en dos tubos de tela como si cada una de sus piernas fuese un paraguas, y llevando en la cabeza ese morrión de seda, al cual se le han puesto mil nombres burlescos, no resulta, en verdad, muy elegante.

En España volveremos al *medio paso* en las señoras y á los trajes masculinos que admiramos en los cuadros de Goya. Y aquí, donde hay gran afición á los sombreros bajos de fieltro de grandes alas, todavía re-

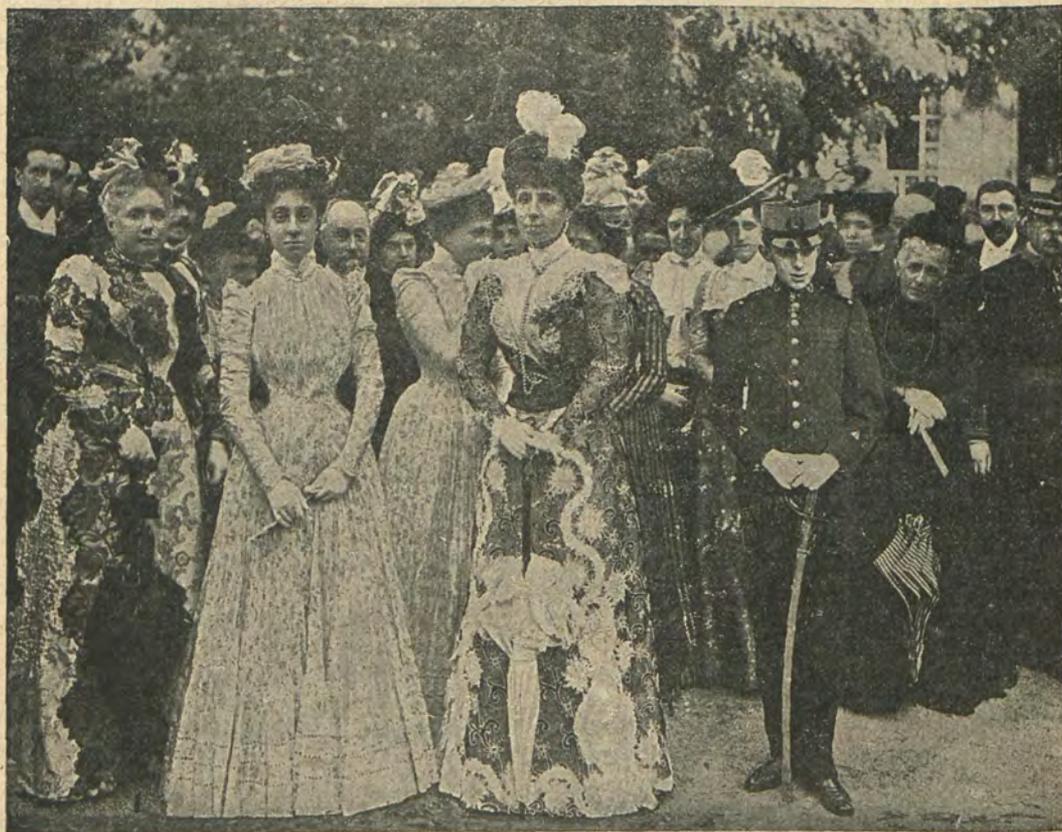
sultará el hombre mejor vestido y con más carácter á la antigua.

Y como nuestro carácter moral no ha variado en nada, y seguimos con los mismos aguaduchos en el Prado, los mismos frailes, las mismas tabernas, los mismos toros y los mismos políticos que hace cien años, es lógico que volvamos á ponernos de corto y á jugar al tute en las covachuelas, comentando las noticias del extranjero y preparándonos para guerrilleros, porque lo mismo que nos sucedió entonces, lo mismo va a pasarnos ahora...

¡Y Dios sobre todo!

EUSEBIO BLASCO.

EN LOS JARDINES REALES



LA FAMILIA REAL EN LA «GARDEN-PARTY» CELEBRADA EN LOS JARDINES DE PALACIO



FEBRERO



- 1 Viernes.—Santos Ignacio y Cecilio, obs. y mrs., Severo, obispo, Efrón, diác., y Brígida, vg.
- 2 Sábado.—✠ LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA, Santos Cornelio Centurión, Aproniano, m., y Lorenzo, ob.
- 3 Domingo.—✠ Santos Blas, ob. y m., Eulogio y Leocricia, Ignacio y Celerina, mrs., y B. Viridiana, vg.
- 4 Lunes.—Santos Andrés Corsino, ob., José de Leonisa, cf., Eutimio, m., y la B. Juana de Valois, vd.
- 5 Martes.—LA ORACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, Santa Agueda, vg. y m., y mártires del Japón, Pedro Bautista y compañeros, Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisay, S. J., Santa
- 6 Miércoles.—Santas Dorotea, vg. y m., Jacinta de Mariscotis, virgen, y Santos Saturnino, Teófilo y Revocata, mrs.
- 7 Jueves.—Santos Romualdo, ab. y fd., Teodoro, m., Moisés, obispo, Ricardo, rey, y Juliana, vd.
- 8 Viernes.—Santos Juan de Mata, cf. y fd., Pablo, Lucio y Ciriaco, mrs., y Estéban, ab.
- 9 Sábado.—Santos Cirilo, obispo de Alejandría, cf. y dr., Apolonia, vg. y m., Alejandro, Nicéforo, Primo y Donato, mártires, y Sabino, ob.
- 10 Domingo.—✠ Santa Escolástica, vg., y Santos Guillermo, confesor, Zótico, Ireneo, Jacinto y Amancio, mrs., y Sotera, v. y m.
- 11 Lunes.—NUESTRA SEÑORA DE LOURDES, Santos Bonfilio y compañeros, cfs. y fds., Lucio y cps. mrs., y el B. Juan de Brito.
- 12 Martes.—LA CONMEMORACIÓN DE LA PASIÓN DE N. S. J., Santa Eulalia, vg. y m., y Santos Damián, Modesto y Julián, mártires, Melecio, ob. y cf., Humbelina y B. Cristina de Aquila, vg.
- 13 Miércoles.—Santa Catalina de Rizzis, vg., y Santos Benigno, mártir, Gregorio II, p., Estéban, ob., y B. Juana de Bálneo, v.
- 14 Jueves.—Santos Valentín, Vidal, Dionisio y Amonio, mrs., el Beato Juan Bautista de la Concepción, cf. y fd., y la B. Cristina de Espoleto, vg.
- 15 Viernes.—Santos Faustino y Jovita, mrs., Agape, vg. y m., y los Beatos Juan Bautista Machado, S. J., y cps. mrs.
- 16 Sábado.—Santos Onésimo, ob., Elías y cps. mrs., Juliana, virgen y mártir, Clara, m., y el B. Gregorio X, p.
- 17 Domingo.—✠ Santos Julián de Capadocia, Donato y compañeros mrs., y Silvano, ob.
- 18 Lunes.—Stos. Eladio, arz., Gaudencia, m., Simeón, ob. y m., Máximo, Claudio y cps. mrs., Flaviano, ob., y B. Cristina, vg.
- 19 Martes.—Santos Conrado, cf., Gabina, Publio, Julián, Marcelo y cps. mrs., y B. Isabel Picenardía, vg.
- 20 Miércoles de Ceniza.—(Abstinencia. Hoy empiezan los ayunos de Cuaresma.)—Santos Potamio y Nemesio, mrs., León, Eucherio y Eleuterio, obs.
- 21 Jueves.—Santos Pedro Mavimeno, m., Severiano, Félix y Paterio, obs., y el B. Diego Carvallo, S. J., m.
- 22 Viernes.—Abstinencia.—LA CORONA DE ESPINAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, La Cátedra de San Pedro en Antioquía, Santos Abilio y Pascasio, obs., y Santa Margarita de Cortona.
- 23 Sábado.—Santos Pedro Damián, ob. y dr., Florencio, cf., Marta, vg. y m., y Romana, vg.
- 24 Domingo.—✠ I de Cuaresma.—Santos Matías, ap., Modesto, ob., Primitiva, m., y Montano, Lucio, Julián y cps. mrs.
- 25 Lunes.—Santos Cesáreo, ob., Victorino, Víctor y cps. mrs., Félix III, p., y B. Julia de Certaldo, vg.
- 26 Martes.—Santos Nestor, ob. y m., Alejandro, Faustiniario y Porfirio, obs., y Víctor, cf.
- 27 Miércoles.—Tempora.—Santos Alejandro, Abundio y compañeros mrs., Basilio, Procopio y Baldomero, cfs.
- 28 Jueves.—Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, mrs., Román, ab. y fd., y B. Beatriz de Este.

B. BLANCA COUS

EL TEMPLO

Sucedía lo que voy á referir en los tiempos modernísimos de la China, séptimo siglo de nuestra era, reinando la Emperatriz Vu. No incluyen los historiógrafos sinenses á esta dama en la lista de los Soberanos, alegando que Vu fué una usurpadora, ni más ni menos que la actual Emperatriz, que tanto preocupa á la Europa culta.

Hija de un príncipe de Mingrelia, Vu fué llevada al gineceo de Tai-Sung con otras veinte doncellas nobles, encargadas de hacer el té y plegar, guardándolos en cajas de sándalo oriental, los ropajes de seda del Emperador. La reconocieron los eunucos; se cercioraron de que tenía el aliento sano, la dentadura completa, el cuerpo puro y gentil, y sabía trazar con el pincel los caracteres complicados del alfabeto, rasgurar la guitarra y recitar de memoria las enseñanzas de la literata Pan-hœipan, que ordenan á la mujer ser en su casa un eco y una sombra. Seguros ya de que Vu merecía el honor de divertir al glorioso Soberano, la vistieron de bordadas telas, la perfumaron con algalia, salpicaron de flores de cerezo su negra cabellera y la presentaron á Tai-Sung. Este apenas la miró; altos designios, planes heróicos, sabias máximas ocupaban su mente. Estaba disponiendo las instrucciones que había de dar al príncipe heredero Kao-Sung, entre las cuales figuraba este consejo: «Reina sobre tí mismo y sujeta tus pasiones.» Y el príncipe heredero—asomado al balconcillo de un pabellón de bambú que adornaban placas de esmalte, y cuyo techo escamoso guarnecían campanillitas de plata,—vió pasar á la nueva esclava de su padre y la codició en su corazón de un modo insensato.

Un mes más tarde, el Emperador bebió una taza de té, servida por Vu, donde fuerte dosis de opio ofrecía al mortal reposo eterno. Muerto el ilustre legislador y guerrero, Kao-Sung repudió á sus legítimas esposas, Emperatrices del Poniente y del Levante, y á su lado, en el trono, sentó á Vu, dándola el título de Reina celestial.

Jamás se había cometido tan grave y escandalosa acción. La piedad filial es la virtud chi-

na por excelencia, y Confucio dice en el *Y-King* ó *Libro de los libros* que el padre es al hijo lo que el sol al mundo. Pero habían pasado los tiempos en que el prestigio de la ley podía más que el respeto al Monarca, y nadie se atrevió á chistar. Solamente un literato—en aquel país los literatos llevaban la voz de la conciencia pública—tuvo valor para anunciar á Kao-Sung que los Espíritus ó manes de los antepasados tomarían venganza de la ofensa; por lo cual el literato fué esmeradamente cortado en diez, il pedacitos.

Sin duda los Espíritus quisieron dejar bien al literato, pues Kao-Sung murió pronto, consumido por el incendio de sus venas. Sucedióle su hijo Chun-Sung; pero á los pocos días la Emperatriz le hizo sorprender en su lecho y trasladar en palanquín á una fortaleza fronteriza de las que defendía la Gran Muralla. Y apoderándose del Trono, dió rienda suelta á su soberbia infinita. Mandó construir un palacio desmesurado, y en él reunió servidumbre innumerable, entre la cual había bailarinas, atletas, astrólogos, arqueros muy diestros y palafreneros tártaros de suma habilidad. Todas las noches los jardines se iluminaban con millares de farolillos, y barcas empavesadas, de figura de dragones ó cisnes, llenas de músicos, con mesas dispuestas para el banquete, recorrían los estanques y lagos; en la más suntuosa de las embarcaciones, la Emperatriz, rodeada de su corte, se entregaba á los delirios de la orgía. Hasta tuvo el capricho de hacer un lago de vino rojo, y ver cómo se bañaban en él, ébrios ya, los cortesanos. En medio de estas locuras, Vu pensaba en agrandar su Imperio, y veteranos generales consiguieron para sus armas brillantes victorias. Los literatos, no queriendo ser aserrados ó cortados en diez mil trozos, cantaban la gloria de la excelsa Vu; y el Imperio entero, postrado á sus casi invisibles pies, la reverenciaba acobardado, pues las proscripciones habían hecho oscilar, al extremo de un bambú corvo, muchas y muy ilustres cabezas.

Cualquiera pensaría que Vu, en tal esplendor de triunfo, no envidiaba á nadie en la tie-

rra. Y sin embargo, á los tres años de reinar, dió marcadas señales de cansancio y hasta de melancolía, por lo cual los médicos y astrólogos de palacio se volvían tarumbas, pues la Emperatriz, encerrada en sus habitaciones, se negaba á ver á nadie, y hasta hubo días en que rehusaba el alimento. Mil versiones corrían acerca del padecimiento incomprensible de la Emperatriz, y es que nadie podía sospechar que Vu, la ambiciosa, la caprichosa, estaba perdidamente enamorada de un joven bonzo, sacerdote de Fo (á quien en la India llaman el Buda).

Ni toda la ciencia del gran Confucio y de Lao-Seu, el filósofo de las blancas cejas, alcanzaría á explicar la secreta razón del enamoramiento y del sufrimiento de la Emperatriz. Así como se habían reclinado en los cojines de seda de su gabinete los esculturales hijos de Corea ó Kaolín (la tierra cuyo barro sirvió al Espíritu para modelar al primer hombre), los indios del Himalaya, de negros ojos de gacela y dorada piel; los siberianos, de azules pupilas, y los montañeses Kirquizos, de arrogante apostura, nada más fácil para la celeste Emperatriz que prender al joven bonzo Hoay y encerrarle allí, entre jardines de arbustos enanos en flor, que convidan á la molicie. Mas no era eso lo que Vu deseaba. Había visto al bonzo en ocasión de hallarse ella pescando en un estanquito peces de colores. Al tirar de la cuerda y sacar un plateado cipurio de aletas de carmín, el budista, que pasaba con los ojos bajos, había alzado el rostro, exclamando severamente: «Mujer, ¿por qué haces daño á los seres vivos é inocentes? Si quieres saciar tu crueldad, clávame el anzuelo á mí.» Y desde aquel instante, Vu veía siempre el grave rostro, la mirada intensa de fuego, la figura penitente del bonzo Hoay; y en memoria suya, á ningún ser viviente se hacía mal en el inmenso palacio. Vu comía frutas confitadas, legumbres cocidas, y las aves anidaban pacíficamente en el imbricado reborde de los pabellones de recreo.

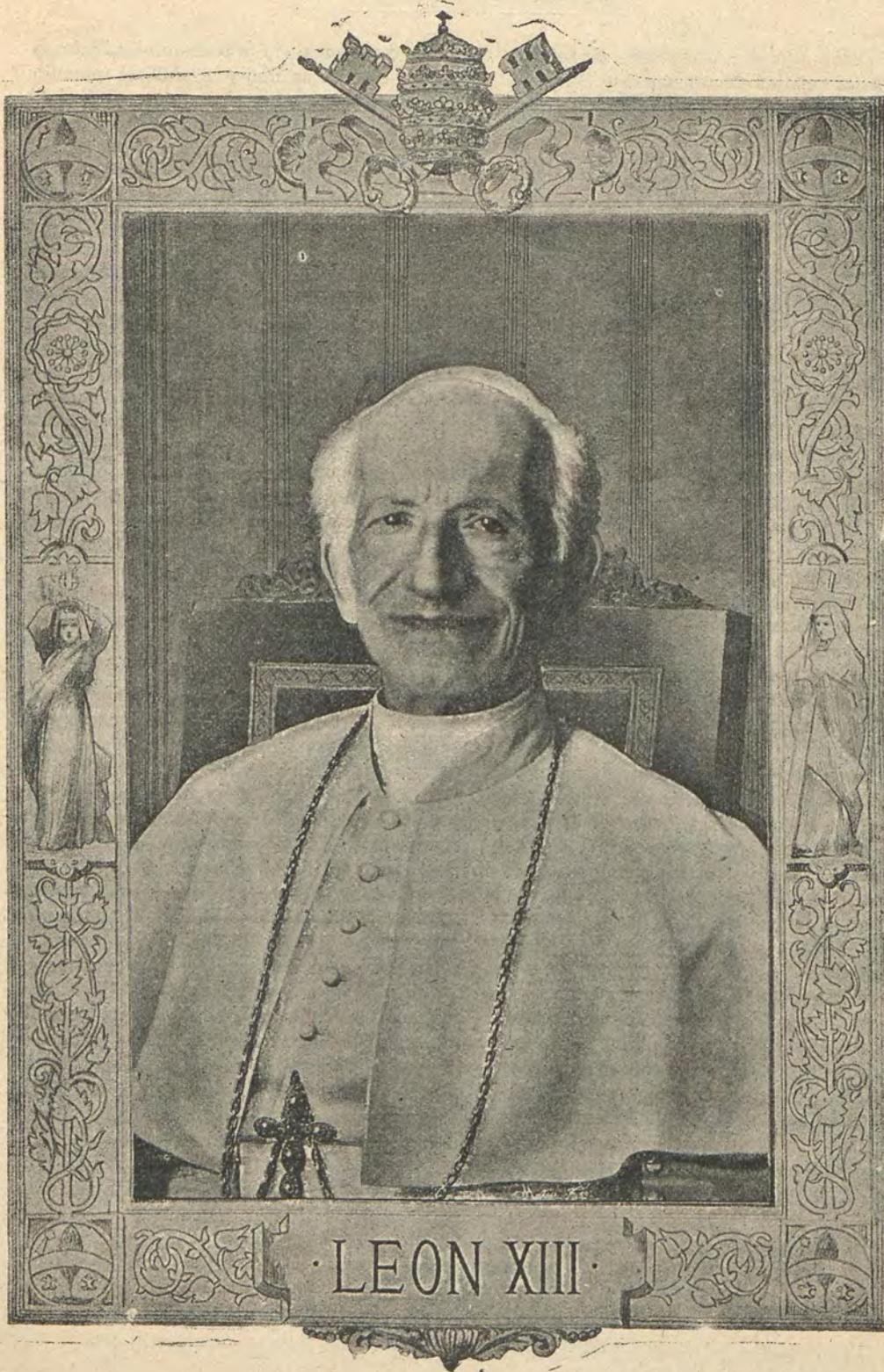
Un día, desesperada, Vu se hizo conducir al monasterio donde habitaba el bonzo, y arro-

jándose á sus pies, sin orgullo ni alarde de poderío, le explicó su mal y le pidió el remedio. «Yo sanaré si tú me guías; yo sanaré si tú estás á mi lado.» Hoay levantó del suelo á la Emperatriz celeste, y con palabras fraternales la calmó. «Empieza—la dijo—por elevar un templo á la luz y otro al cielo..., y después llámame.» Vu erigió dos templos altísimos, que agotaron su tesoro; y terminadas las obras, avisó al bonzo, que, armado de una antorcha, incendió los maravillosos edificios. No quedó de allí más que ceniza. Después dijo á la consternada Emperatriz: «Ahora, mujer, eleva un templo más alto, más alto, dentro de tí, en tu corazón, al cielo y á la luz... y cuando esté erigido vuélveme á llamar.» Vu ignoraba cómo podría arreglárselas para elevar un templo dentro de su corazón; no obstante, por instinto del querer, instinto infalible, adoptó una vida distinta de la anterior: abrió las prisiones, prohibió los suplicios, rebajó los impuestos, oyó las quejas justas, dió premios á la piedad filial, amparó la agricultura, y en su palacio estableció tal moralidad, que podrían ser de vidrio las paredes. El bonzo, satisfecho, venía á visitarla todas las tardes, y cogidos de las manos, apaciblemente, conversaban sobre las cuatro virtudes sublimes y la liberación de la bienaventuranza final. Vu era dichosa, como en su vida lo había sido.

Sin embargo, los veteranos generales, los eunucos directores de las fiestas, los ventrudos mandarines y hasta los literatos, envidiosos de la privanza de Hoay, al ver que ya no se ordenaban suplicios, conspiraron. Y Vu, aquella Emperatriz que, según el dicho del historiador padre Amiot, emprendió y ejecutó impunemente las cosas más extraordinarias y más opuestas al criterio y costumbres de la China, fué sorprendida en su pabellón y secretamente estrangulada, en castigo de haber concebido un amor diferente de otros amores, y de haber, á impulsos de ese extraño sentimiento, elevado en su corazón un templo muy alto al cielo y á la luz.

EMILIA PARDO BAZAN.





La Reina y el Presidente

El año pasado saludábamos en el Almanaque de EL IMPARCIAL á la reina Guillermina de Holanda y á Krüger, presidente de la República del Transvaal.

También este año hemos de dedicar á aquella soberana el homenaje que corresponde á los espíritus enamorados de la justicia, y al anciano presidente el respeto y la veneración á que tienen derecho los que luchan por el cumplimiento del deber.

En medio de la decadencia vergonzosa del nivel moral, la raza holandesa en sus dos ramas europea y sudafricana se nos aparece en este triste final del siglo como firme mantenedoras del ideal.

A despecho de los orgullos británicos y de las ferezas de Chamberlain, la reina Guillermina ha tendido su mano de protección y de amistad al viejo boer. Acaso tal conducta prepara á Holanda terrible venganza de los ingleses; pero la ejecución de la odiosa sentencia, que sin duda ha fulminado la cruel vanidad de los lores y esos riesgos del porvenir, dan á la joven soberana el carácter de generosa é intrépida defensora del derecho hollado y caído.

Pocas cosas buenas tendrán que contar los historiadores de la política internacional en



LA REINA GUILLERMINA DE HOLANDA



PABLO KRÜGER

los últimos años de la centuria; pero sin duda que entre ellas ha de figurar la resolución de Guillermina.

No hay trono más excelso, ni corona más refulgente, ni esplendores majestáticos, que mayor impresión causen en el alma que la pobreza, la soledad y el abandono en que ha vuelto á Europa el presidente Krüger. Débil ya para aguantar los infortunios, sin guardia de honor y sin soldados que le defiendan, ha venido al Antiguo Continente el jefe de aquel Estado, que acaba de caer bajo la garra rapaz de Albión.

Al embarcarse para Europa en Lourenzo Marquez, decía á un personaje portugués:

—No hemos sido vencidos, sino aplastados; pero en torno de la planta gigantesca que nos oprime nacerá el odio. Inglaterra lo tiene todo menos el secreto de hacerse amar, y el triunfo de los injustos no dura más que la fortuna de los avaros.

Un diplomático alemán advertía á la reina Guillermina de Holanda los peligros en que ponía á su pueblo enviando al Sur de Africa un barco de guerra neerlandés para recoger á Krüger, y la soberana contestaba:

—Mi pueblo lo quiere, mi corazón lo exige. Dios nos lo inspira, y en el amor de Dios yo y los holandeses esperamos tranquilos los sucesos.

EN EL MUNDO TAURINO



LAGARTIJO

Y ya que según el aforismo del fraile *crotólogo* de los cartujos sevillanos, si es preciso que sueñen las castañuelas, más vale tocarlas bien que tocarlas mal, habrá que rendir homenaje á aquel prodigioso torero que llegó á dominar las suertes más difíciles, dando á los horrores de la fiesta la elegancia y la delicadeza de un torneo entre caballerescos esgrimidores de florete, que guardados de careta, peto y guantes, lucen su habilidad sin riesgo.

Rafael Molina, mientras toreó y después de cortarse la coleta, vivió en su casa de Córdoba la existencia lujosa de un lord campestre.

Un escritor francés ha dicho que en España sólo hacían la vida de los lores británicos los gran-

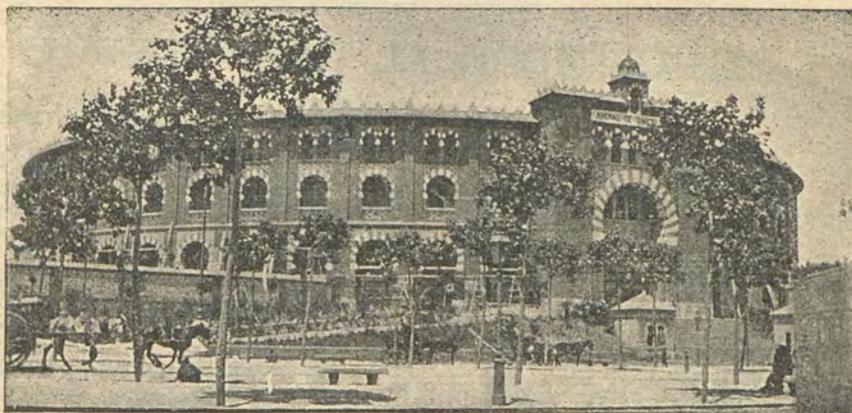
No respondería el Almanaque de EL IMPARCIAL al propósito que nos inspira de recoger en sus páginas los rasgos salientes del año, si no dedicáramos una mención á los dos acontecimientos taurinos del año de 1900.

Ambos son tristes: la muerte de *Lagartijo* en su casa de Córdoba; la muerte de *Dominguín* en las Arenas de Barcelona.

De esta horrible tragedia, ha referido la prensa con menuda proligidad todos los detalles.

De la desaparición de aquel gran torero, que durante muchos años monopolizó el aplauso de los finosentendedores en materia taurina, quedará memoria durante mucho tiempo.

La afición á los toros, no es ni más buena ni más mala que la que otros pueblos sienten por otros espectáculos. Sería preferible que las muchedumbres gozaran en los certámenes de la inteligencia, pero no es así ni aun en los países más ilustrados. Los ingleses, con su grosero y peligroso *football* y con su estúpido *cricket*, no dan tampoco grandes señales de elevación intelectual.



LAS ARENAS DE BARCELONA

des toreros, entregados durante el invierno á la equitación y á la caza, e-parciendo el oro en sus fiestas venatorias, pródigos y obsequiosos con sus amigos, ni más ni menos que aquellos grandes señores de la tierra inglesa que pasan la mayor parte del año en su *country*, siendo los astros del país en que radican sus posesiones.

Recientemente se ha puesto una vez más de moda la campaña contra las corridas de toros. Pero ha ocurrido una cosa curiosísima: donde con más vehemencia se ha iniciado esa campaña es en Barcelona. Pues bien; en la ciudad condal es la única población de España en que hay dos plazas de toros en que se verifican lidias al mismo tiempo.

Lo cual, ó no significa nada, ó significa que la campaña antitaurina ha tenido un resultado contraproducente.

No vamos á defender la fiesta más agradable á los españoles y á muchos americanos. Sólo diremos que, á pesar de artículos, *meetings*, libros y folletos, prevalecerá.

En cuanto á Rafael Molina, los que no le aplaudian como torero le estimaban como hombre.

Para los que han visto á *Lagartijo* vestido de seda y oro, la muleta en la mano, descubierta la cabeza de clásico perfil, jugando con un veragüño en el Coso de Madrid, y para los que le han visto salir de su casa de Córdoba en su coche de campo, rodeado de amigos para ir á una montería en las asperezas de la sierra de Vacar, esta gentil figura española de valor y de desprendimiento, merecerá siempre un recuerdo simpático y cariñoso.



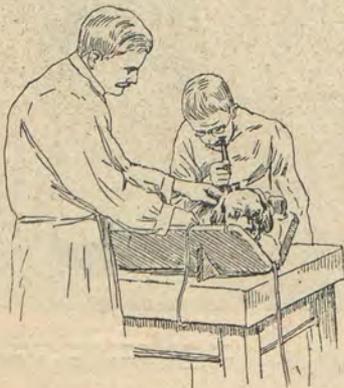
DOMINGUIN

EL CEREBRO AL DESCUBIERTO



Dos médicos de la Universidad de Pensylvania, los doctores Harry Walter y J. P. Arnold, han establecido en Trenton (Nueva Jersey) un inmenso laboratorio, en donde realizan experimentos extraordinarios para desarrollar un sistema de tratamiento que califican de *cano-neural-terapia* y que consiste en la curación de ciertas dolencias por medio de la regularización de los centros nerviosos del cerebro. Hasta ahora los médicos citados han hecho experimentos con 20.000 animales, entre los cuales figuran perros, gatos, conejos, monos, terneras, cerdos de Guinea, cabras, caballos, vacas, mulas, ovejas, etc.

Sus trabajos les ha conducido—según aseguran—á hallar «la llave de la casa del mal, que el mundo entero de la ciencia ha buscado en vano por espacio de muchas centurias. Esto resuelve el problema del tratamiento de la locura, el cólera, la epilepsia, la apoplejía, y prác-



ticamente de todas las enfermedades del cerebro».

Para inspeccionar las partes dañadas abren en la bóveda craneana ó en la garganta «una ventana, y en ella se coloca un tubo de cristal, por donde se asoma la ciencia para hacer sus investigaciones».

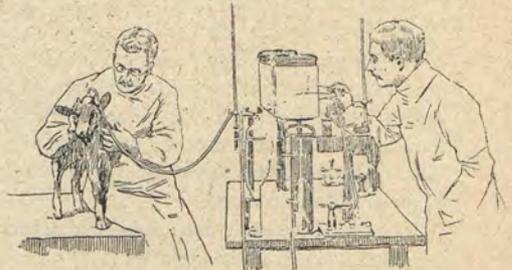
En las enfermedades mentales apelan al tratamiento del centro cerebral, y en otros casos recurren á los centros nerviosos en la cuerda vertebral.

Los doctores sostienen el criterio de que esos centros pueden regularizar el exceso de sangre que vaya al cerebro, y que esto es de importancia suma para el tratamiento de la enajenación mental.

«Algunas dolencias—dicen—son ocasionadas por los torrentes de sangre que afluyen á la parte enferma, y otras por la falta de ella. Así es que aquietando los centros nerviosos, conseguimos contener el exceso, y estimulándolos logramos aumentar la cantidad circulatoria de la sangre.

»El trabajo que realizan los vasos sanguíneos se halla perfectamente gobernado ó registrado (*controlled*) por los nervios.»

Los animales albergados en el laboratorio de



Trenton son objeto de constantes operaciones en la columna vertebral y en el sistema nervioso simpático.

El más interesante de esos animales es un mono llamado Jocko, que tiene un orificio circular en la parte superior del cráneo y empotrado en la abertura un tubo metálico cerrado por un disco de cristal, á través del cual, y con una lamparita incandescente, se pueden observar muy bien las funciones del cerebro. Lo más notable del caso es que el pobre mono parece insensible á tales experimentos. En su jaula salta y corre como los demás de su especie que no se hallan en las mismas condiciones.

Quando los doctores acrecientan la circulación de la sangre en el cerebro de Jocko, advierten los efectos en todo el organismo, y podrían, si las ideas fuesen tangibles y los monos pensarán, saber hasta lo que el mono piensa.

Casi todos los animales tienen abierta una ventana en el cráneo para poder estudiar su interior.

Otro sujeto de observación es un perro que vive con la tercera parte del intestino separado del canal alimenticio y seccionado en dos partes.

Por medio de un tubo introducido por estos orificios se estudian los efectos de la digestión.

Cuando un visitante entra en el laboratorio el doctor Arnold llama á otro perro, *Sim*. Este en vez de acudir directamente, empieza á girar sobre sí mismo y á danzar dentro de un círculo limitado, sin conseguir avanzar ni un solo metro. Es que los médicos han abierto una brecha en el cráneo del animal y alterado el centro regulador de la locomoción, con objeto de estudiar las causas de la parálisis.

Un conejo blanco que sufre de meningitis también lleva un tubo en la cabeza, por donde se inspeccionan los progresos del tratamiento á que está sometido, evitando que la sangre congestione el cerebro.

Una cabrita blanca pasta tranquilamente en el establo, no obstante respirar por un tubito de plata que tiene clavado en la tráquea. Está destinado este animal al estudio del efecto de los nervios que se relacionan con los pulmones. En conexión con el tubo de plata hay un aparato delicadísimo que registra los cambios químicos que se producen en los pulmones. El objeto de tales observaciones es la cura de la consunción.

En otro extremo del laboratorio una cabra negra come hierba recién cortada, mientras que el jugo de las glándulas parótidas se desprende por un tubo colocado en la quijada. La saliva es recogida en una vasija pequeña. El animal tiene también adherido otro tubo en la garganta.

Cuando se le dan patatas las come con agrado, y después de masticarlas, en vez de ir á parar á su estómago, caen por el tubo de la garganta á una vasija de cristal. Mezclada esta masa con ioduro, trocése en azulada, demostrando que no había cambiado el almidón de la patata. Otra porción se mezcló con la saliva de la cabra y azúcar, y entonces desapareció el

almidón, convirtiéndose en azúcar por la influencia de la saliva.

Las terneras se destinan en el laboratorio al estudio de los efectos de la digestión.

Los doctores Arnold y Walter declaran de un modo terminante que toda la sangre del cuerpo se halla regulada por dos series de nervios. Una serie establece la dilatación y otra la contracción de los vasos sanguíneos.

Aseguran también que curan todo género de enfermedades por medio del sistema de su invención, sin aclarar á las drogas ni al bisturí.

Ese método es, perfeccionado, el mismo que se usaba hace quinientos años. Sobre la cura mecánica escribió en 2700, antes de Jesucristo, un libro el médico chino Konh Fu, y después fué empleado el procedimiento por Hipócrates, Galeno, Asclepiades y otros.

Respecto al uso de método para la curación de la locura, dicen Arnold y Walter:

«La enajenación mental es causada por alguna alteración de la nutrición del cerebro, es decir, de la calidad y cantidad de la sangre que á él afluye. Los gérmenes específicos de sus productos venenosos (toxinas), pueden afectar á las células nerviosas y tejidos que les rodean. Esos gérmenes, arrastrados hasta allí por la sangre, son los fagocitos (corpúsculos de la sangre blanca) que atacan y destruyen los tejidos. Si la locura se debe sencillamente á la alteración de las condiciones de los nervios que regularizan el exceso de la sangre que va al cerebro, una obliteración parcial de la circulación es el mejor remedio.

«Respecto de la apoplejía, que se produce por la ruptura de vasos plétóricos de sangre y trae, por consecuencia, los coágulos que, al pesar sobre las células nerviosas despojando as de su natural nutrición, producen la parálisis, basta con hacer desaparecer los coágulos, y de ese modo desaparece la parálisis parcial que ocasionan.

«La misma ley que aplicamos á los casos del cerebro se extiende á la regularización de las funciones de otros órganos.»

LAS BOTAS AIREADAS

El ejército austro-húngaro será en breve dotado de una nueva clase de botas, inventadas por el oficial Bela Loderer.

Estas botas se hallan provistas, en la parte del tacón, de un muelle que, al ser oprimido por el pie cuando está todo él apoyado en el suelo, ventila la bota.

Este sistema evitará que los pies se caldeen y que el cansancio prematuro fatigue en las marchas al soldado.



La vida en el Transvaal

DEL FONDO DE MI CARTERA

Una merienda en el campo siempre sabe bien. Puede calcularse cómo sabrá después de una caminata de cuatro horas á través de las praderas del Transvaal, respirando el aire purísimo y tónico de aquellas altas mesetas.

Echamos pie á tierra, y como á las once de la mañana el sol en el Heidelberg picó que rabia, nos amparamos á la sombra de un gru-

po de acacias que al borde de una *donga* (1) crecían.

Allí nuestro guía y buen amigo De Villiers, transvaalense, de *abolengo hugonote*, mandó al *boy* (2) sacar las provisiones.

—Traigo *biltong* salpicado con *blatjang*—nos dijo.—No es lo que estarán ustedes acostumbrados á comer en Europa, ni lo que les servi-

EN EL KRÄAL



GRUPO DE CAFRES

rían en Frascati, en Johannesburgo; pero no creo que les disgustará á ustedes. Es nuestro manjar usual en el campo.

Cualquier cosa comeríamos con deleite, tal nos escarabaja el apetito; el *biltong* pareciónos gran regalo.

Es carne de vaca ó de venado, que cortan en tiras desde la cadera del animal á la rodilla, y después salan, presnan y secan al sol y al viento. Se conserva por tiempo indefinido y se corta y come como el salchichón bien curado.

El *blatjang* fué el que al alemán Hen Wahlen y á mí nos hizo derramar algunas lágrimas. Me río yo de la guindilla riojana, de las tortillas extremeñas y de los *tamales* mejicanos. El *blatjang* es lumbre en polvo; pero ni el agua, ni el vino, ni la cerveza pueden apagarla. Dicen que se prepara con unos pimientos del país. Me acordaré de ellos mientras viva.

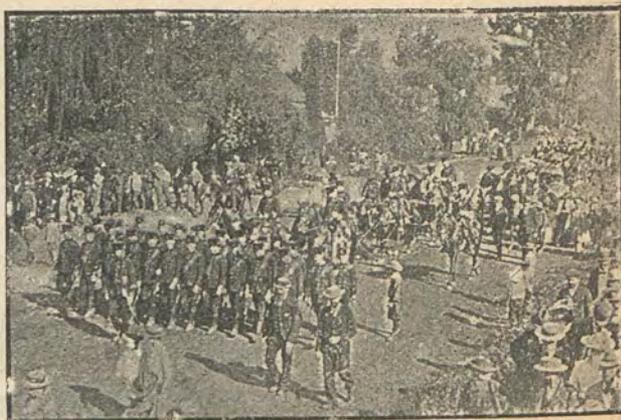
(1) Barranco hecho por los torrentes en la estación de las lluvias.

(2) Criado cafre.

Como postre nos tenía reservados el buen De Villiers unos *tamelettjes*, ó sean unos dulces secos, hechos con almendras y cortezas de tangerinas, todo nevado con azúcar. El *boy*, de apodo «Seis peniques», nos preparó, para acabar, enormes tazas de café, que saboreamos con delicia al mismo tiempo que fumábamos nuestras pipas de *magaliesberg*, ó tabaco negro del Transvaal.

Mientras reposamos este almuerzo hablamos, como no podía ser menos, de caza y de la guerra. Mr. De Villiers estaba disfrutando sus diez y ocho días de licencia, después de tres meses de campaña. Había asistido á todas las operaciones en el Natal desde el principio de la guerra, y no concluía de contar episodios y lances interesantes.

Hemos cometido bastantes errores en lo que va de campaña, pero ya nos vamos emmendando; y aunque los ingleses, con las enormes fuerzas que traen, lleguen á ocupar todos los poblados del país, como creo muy posible, se equivocan si juzgan con eso haber terminado la guerra. Nosotros no tenemos combatientes bastantes para tomar la ofensiva, y á eso se debe el no haber podido sacar fruto de nuestros primeros triunfos; pero si Luis Botha y Christian de Wet se quedan con doce ó quince mil hombres bien decididos á pelear y bien disciplinados, sostendrán la guerra indefinidamente.



FUNERALES DEL GENERAL BOER JOUBERT, EN PRETORIA

—¿De suerte que usted cree que los boers no se han batido bien hasta ahora?

—No quiero decir eso. Los boers han peleado con bravura y han hecho verdaderas heroicidades; pero después de los primeros triunfos de Glencoe, Nicholson Nek y el Tugela, han creído que no se necesitaba gran esfuerzo para derrotar ó resistir á los ingleses y han tomado las cosas con mucha calma, lo cual se conforma muy bien, además, con nuestro carácter. Durante el sitio de Ladysmith, y en ocasión en que una columna inglesa salió á practicar un reconocimiento, un comando fue

EN SPYON-KOP

Fotografías tomadas al día siguiente de la batalla.



CADÁVERES DE INGLESES EN LA MESETA

designado á oponerse al avance. Una vez en línea y roto el fuego, ocurrió que aparecieron un par de ciervos en los campos á espalda de los boers. Así que éstos lo advirtieron no pudieron resistir la tentación, y volviendo la espalda al enemigo y sin cuidarse de éste, empezaron á tirotear á los ciervos, dando tiempo á que la columna inglesa avanzase más de lo debido.

Muchas veces cuarenta ó cincuenta boers han estado resistiendo tenazmente desde un cerro el ataque de más de mil ingleses, y quinientas yardas más atrás el resto del comando estaba muy tranquilo comiendo ó descansando, sin cuidarse de la pelea, como considerando que el reducido destacamento á la vanguardia

era suficiente para contener al enemigo y era innecesario hacer más esfuerzo. Este exceso de confianza, ó falta de disciplina, es lo que ha hecho más de cuatro veces que hayamos tenido más pérdidas de las debidas y que el enemigo se haya escapado sin recibir durísimas lecciones.

Al lado de estos descuidos se han registrado rasgos de arrojo y acometividad verdaderamente sublimes. El ataque al cerro de Spion Kop lo hicieron solamente cuarenta boers. Su ímpetu y su fuego de fusilería fué tal, que los ingleses, no pudiendo retirarse, so pena de perecer todos, enarbolaron bandera blanca. Cuando los boers, al ver ésta, salieron tras de las rocas y saltaron de la maleza á recoger las



EN UN DESFILADERO

armas de los rendidos, uno de los coroneles ingleses, al ver que los enemigos eran tan pocos, gritó: «¡No!, ¡no nos rendimos!», y mandando hacer fuego dejaron fuera de combate á diez y nueve de los confiados boers que avanzaban á hacerse cargo de los prisioneros. En cualquiera otra parte esto se llamaría *traición*; sin embargo, los boers que se salvaron de las descargas, al refugiarse de nuevo tras de las rocas para seguir combatiendo, se contentaron con decir: «¡Habrás sido una equivocación!» Al final de la jornada bien caro pagaron su acción los ingleses. Nunca he visto carnicería semejante. La meseta de Spion Kop quedó completamente cubierta de cadáveres de soldados británicos, y las mismas trincheras rellenas de muertos en horrorosa confusión.

(El mismo Mr. De Villiers me regaló más

tarde unas fotografías tomadas en el mismo campo de batalla de Spion Kop antes de retirar los muertos ingleses, fotografías que demuestran la fidelidad del relato del transvaalense.)

—Ahora—prosiguió nuestro amigo—lo que nos faltan son buenos artilleros. Hemos perdido muchos en los siete meses que llevamos de campaña, y aunque se ha procurado instruir á algunos burghers, no hay los suficientes para servir todos los cañones que poseemos. Nuestra salvación está, pues, en la destreza de nuestros fusileros y en no presentar grandes núcleos, sino dividirnos en pequeños destacamentos, molestando por todas partes al invasor. De la certeza en el tiro de nuestra gente podrán ustedes juzgar por sí mismos esta tarde.



PABLO KRÜGER, Á LOS 40 AÑOS DE EDAD

En efecto, el objeto de nuestra expedición era asistir á unos ejercicios de tiro en Roodekopen, distrito de Heilderberg, donde los muchachos recién incorporados á las filas iban á ejecutar algunas maniobras antes de marchar á Vereeniging, á orillas del Vaal.

Ví, ciertamente, aquella tarde cosas estupendas. Unos seiscientos jóvenes, de dieciséis á veintún años, jinetes prodigiosos, mandados por un boer de venerable aspecto, con más trazas de campesino que de soldado, hacían blancos inverosímiles á distancia de 1.000 yardas y disparando á todo el correr de sus caballos. Uno de los ejercicios que más me impresionó fué el siguiente. Colocóse en medio del campo un trozo de lona claveteado por uno de sus bordes á un varal sustentado horizontalmente por sus extremos sobre dos horquillas de madera clavadas verticalmente en el suelo. El borde inferior de la lona, que quedaba colgando, llevaba unas piedras para mantener terso el lienzo é impedir que revolotease con el viento. Formóse el pelotón como á un kilómetro de distancia de este blanco, y á la voz de mando del viejo boer, los seiscientos jinetes partieron como un torbellino, la rienda suelta y guiando con las rodillas. Como á medio kilómetro del blanco pararon en firme, y por filas de á treinta en fondo (que así marchaban) fueron echando pie á tierra, disparando y montando otra vez, dejando cada fila el frente libre á la siguiente. No duró toda la maniobra arriba de seis minutos, al cabo de los cuales, el que podría llamarse regimiento, salía galopando reunido y como en retirada hacia el flanco izquierdo. La lona, á medio kilómetro de distancia, había desaparecido, quedando

sólo clavadas al varal y flotando al viento unas cuantas tiras desfilachadas.

—En esta sencilla evolución—me dijeron—estriba todo el secreto de las tácticas boers; avances rápidos, tiro certero y efectivo y retirada veloz. La retirada es más importante aún que la acometida.

*
**

A la caída de la tarde, y después de dos horas de camino hacia el Norte de Krügersdorp, hicimos alto en una granja, donde nos dijo Mr. De Villiers podríamos pasar la noche.

Toda la familia de la granja, el padre, mister Carls, la *vrouw* (esposa) y tres pequeñuelos salieron á recibirnos. Dos hijos mayores se hallaban peleando por su patria. Los criados cañes nos miraban á distancia. Después de desmontar y de las presentaciones de ordenanza, dimos la mano, uno por uno, á todos los individuos de la familia, incluso á los muchachos, y sacaron los *boys*, una gran almofia con agua para lavarnos. Laváronse igualmente cara y manos los granjeros, y pasamos á una habitación central, recibimiento, sala y comedor al propio tiempo.

Brindáronnos primero con grandes tazas de leche y unas rebanadas de pan duro y tostado, que es lo que llaman *bizcochos boers*, y una hora después, encendidas las bujías de parafina, tendido el blanco mantel sobre la mesa y previa una larga oración en holandés, comenzó la cena.

Sirviéronnos primero *ouderwetse pastei*, una especie de empanada ó pastel de ave, que preparan con pechuga de gallina, huevos y jamón, aderezado con vino, limón, cebollas y especias. Aunque algo complicado, es un plato que puede servirse en cualquier mesa. Antes de probarlo, pregunté si tenía *blatjang*. Mr. De Williers soltó el trapo á reír y contó el efecto que nos había hecho el tal picante por la mañana.

—Puede usted comer sin recelo; el *blatjang* lo usamos, generalmente, sólo para comidas de campo y en nuestras expediciones para dar gusto al *biltong*.

Como segundo plato tuvimos *kabobs* ó *sasaties*, que viene á ser pierna de carnero, cortada en pedacitos cúbicos, fritos é impregnados en el condimento indio llamado *curry*, que á mí me sabe á trementina. Finalizó la comida con *Rys Kluitjes* ó *puding* de arroz, mezclado con batatas cocidas, postre que declaró excelente, y con tal motivo hablamos de la cocina boer. Declaré que hasta entonces no la conocía, pues unas veces en los restaurants, otras en campaña, comiendo galletas y carnes en conserva, no había tenido ocasión de apreciarla.

La dueña de la granja, mujer simpática y dispuesta, de mediana estatura, más que medianamente gruesa y con ojos azules muy expresivos, nos hizo una descripción de los platos más característicos entre los boers.

—Son muy buenos—nos dijo—los *swartzvuir*, costillas de carnero, guisadas con tamarindos y especias; los *gesmoorde hoender*, pollos fritos con pimientos y cebollas; los *boontjes bredes* ó estofado de judías secas.

Preparamos también en la granja dulces y pastelería. Nuestro pastel más clásico es el *kacsister*, que hacemos con harina, azúcar, huevos, manteca, levadura y especias. Con pasas y mostillo hacemos el *moss bolletjes*, que es muy agradable. Con albaricoques desecados al sol, quitado el hueso, salados y cristalizados con azúcar, resulta el *sucbos*, dulce que se puede conservar mucho tiempo, y que es remedio eficaz contra el mareo. Los *wentel jecftjes* son bollos tostados, muy harinosos y de muy buen comer. Hacemos también barquillos y *hoete kockies*, ó bizcochos para el té, muy mantecosos. En fin, toda doncella boer, al llegar á los diez y seis años, debe saber hacer todas estas cosas, además de coser, amasar y cocer el pan y dirigir todas las labores de la granja.

Atento estuve á esta lección de culinaria, que me iba poniendo al tanto de la vida doméstica del boer; pero no por eso dejé al mismo tiempo de notar que cada vez que Vronw Carls se dirigía al criado cafre que servía á la mesa, lo hacía empleando un lenguaje para mí desconocido. No era el idioma cafre, puesto que yo percibía algunas palabras que me sonaban á inglés y á holandés, pero al mismo tiempo la frase me resultaba completamente ininteligible. Así es que cuando la señora, concluida su relación de guisos y pastelerías, exclamó, dirigiéndose al boy: —«John! Voet-zak inyama! Lette pult-din!»—no pude menos de decir: —Señora, usted dispense, ¿en qué idioma habla usted al criado?

—¡Ah!—me contestó sonriendo—es lo que llamamos *cafre de cocina*. Es una mezcla de cafre, inglés y holandés, pero todo pervertido. Ahora, por ejemplo, he querido decirle que se lleve la carne y traiga el puding y ya ve usted cómo me ha comprendido. En rigor, no hay otra forma de entenderse con ellos.

Los mejores criados son los recién venidos del *Kraal*, es decir, de sus aldeas de la montaña. Al principio no saben

hablar más que su idioma, pero pronto cogen aquí y allá palabras en inglés en holandés, confundiendo las *erres* con las *des*, y mezclándolo todo con voces de su propio idioma, y así resulta esta jerga, por la que con ellos nos tenemos que entender.

Son sujetos muy curiosos estos boys. Tienen un don especial de imitación. Por el traje y el aire de un criado cafre se puede adivinar cuál es la profesión y hasta el carácter de su amo. Serían excelentes actores si se les adiestrase para el teatro. Es de ver la cómica seriedad con que desempeñan algunas comisiones que ellos creen de importancia, ó en las que tienen que poner algo de su iniciativa.

—Recuerdo—prosiguió Vronw Carls—que en una ocasión, estando en Pretoria, fueron á visitarme tres amigos. Abrióles la puerta el cafre; dos de los caballeros le entregaron sus tarjetas; sucedió que el tercero no las llevaba, y dió sencillamente su nombre. Pues bien; el cafre dejó pasar á los dos primeros, y cuadrándose con el otro, le dejó á la puerta, diciéndole: «Los dos señores tienen billete. Usted no tiene billete. Los señores entran á ver mi *inkosigaas* (mi ama). Usted esperará

TRES GENERACIONES DE BOERS



EL COMANDANTE LEMMER.—(60 años de edad).'

UN HIJO DEL GENERAL BOTHA.—(15 años).

EL CAPITÁN PRETORIUS.—(43 años).



GUEP'ERO CAFRE

bona! al saludar al *umlanu* ú hombre blanco; *Saku bona!* al ver al *bass*, á su patrón.

Los grados de respeto al saludar siempre con esta misma frase los miden por la tardanza en contestar, si á ellos se les habla primero. Así, mientras dos cafres se dirigen rápidamente uno á otro, como nosotros, sin parar el paso, nos decimos *Adiós, Adiós*, al contestar al *bass* se ponen muy serios, dan una expresión de gravedad cómica á su fisonomía, y al cabo de un rato contestan: *Saku bona!*

Esta prueba de respeto no impide que le roben los cigarros ó le beban el vino en cuanto tengan ocasión.

*
**

Al fresco de la mañana, marchamos hacia el Norte en dirección á Pretoria. Dí muchas gracias á mister De Villiers por haberme proporcionado ocasión de conocer al boer en su casa. en su vida doméstica, y contestéme:

—Lo mismo hubiera hecho Mr. Carls, si usted se hubiera presentado solo. La hospitalidad es cualidad general en los boers.

en la calle.» Y no hubo forma de arreglarlo hasta que yo intervine.

Terminada la tertulia de sobremesa, levantóse el padre de familia, pronunció una larga oración de gracias, los *boys* trajeron otra vez la almofia con agua para lavarnos, y la familia boer se retiró á descansar, besando al padre uno por uno.

Condujeirme á mi dormitorio, donde me encontré una cama con una pila de enormes colchones de lana, y puedo asegurar que dormí como un bendito, hasta que, al salir el sol, el bullicio de toda la gente en pie me despertó. Mientras preparaban el café, tuvimos otra vez ablución general, contándome Mr. De Villiers que en los antiguos tiempos, y aun hoy en las granjas más apartadas de los centros de población, es costumbre después de las comidas, no sólo lavarse todos cara y manos, sino también los pies.

Montamos á caballo. Toda la familia boer acompañónos largo trecho, y nos despedimos de nuestros cariñosos huéspedes, mientras los criados cafres nos gritaban desde lejos: *Saku bona! Saku bona!*

*
**

Saku bona! Es la primera expresión en idioma cafre que aprende todo extranjero al llegar al Africa del Sur. Al pie de la letra quiere decir *¡Te veo!* Pero su verdadero valor es el de un saludo, y significa tanto como *Buenos días, Adiós, ¿Cómo va?*, etc., etc. *Saku bona!*, dicen los cafres al encontrarse y al despedirse; *Saku*



EL ANCIANO SOLDADO BOER LOMS

Maestro de prácticas militares de los niños boers.

Hablamos después de las mujeres.—Mantienen el espíritu de la raza tanto ó más que los hombres—dijo el transvaalense.—Son más patriotas aún que nosotros. Muy hacendosas, y amantes como nadie de su familia y de su hogar. El hombre caza, cuida el ganado; la mujer atiende á todas las faenas de la granja, y cuando llega el caso, en el carro, ó á caballo, acompañan al hombre en sus expediciones lejanas.

Mistres Krüger, la esposa del Presidente, es el tipo de la mujer boer. Levántase al amanecer, y ella hace siempre el café del desayuno.

No ha gastado Krüger más medias que las que su mujer le ha hecho. Cuando todos los quehaceres de la casa se han terminado, se sienta á hacerse sus trajes, siempre negros. Puedo afirmar que la esposa del Presidente de la República Sudafricana nunca ha tenido más de tres vestidos. Comparte con Krüger su amor por los animales, y nunca se la ha visto usar en sus adornos ó atavíos plumas de pájaros, para no ser cómplice, dice, de la moda que tantas víctimas causa entre las inocentes avecillas.

Puedo citarle á este motivo un rasgo muy



UNA GUERRILLA BOER

interesante, que prueba cuán tiernos son los sentimientos de la esposa de Krüger hacia los animales. Al erigir una estatua al Presidente, el escultor mostró á la dama el boceto, por si era de su gusto, ó si tenía alguna observación que hacer. El boceto mostraba á Krüger con su inseparable levita y su eterno sombrero de copa alta. Mistres Krüger, modestamente, pidió al escultor que, puesto que visto desde el suelo no se notaría, dejase al sombrero sin copa. De este modo se formaría una oquedad, á modo de pila, donde al llover se recogería agua.

Extrañó al escultor la petición, pero cumplió el encargo. Erigióse la estatua, y ahora

puede verse á menudo, coronándola á modo de guirnalda viviente, una turba de alegres pajarillos que revolotean sobre la escultura del venerable Presidente, atraídos por el agua que allí, después de las lluvias, hay depositada, ó por el cariño al sitio donde á las veces apagan su sed y se refrescan.

En esto pensó la mujer de Krüger al hacer el encargo al escultor, y nosotros, al ver la estatua y la viviente corona, saludamos al creador de nuestro pueblo, al mantenedor de nuestras libertades, y á los sentimientos delicados de la que es tipo de la mujer boer.

V. VERA.





- 1 *Lunes Santo*.—Santa Teodora, m., Santos Venancio, ob. y m., Víctor y Estéban, mrs., Urbica, m., Hugon, ob., y B. Catalina Tomás, vg.
- 2 *Martes Santo*.—San Francisco de Paula, cf. y fd., Santa Teodora, vg. y m., San Urbano, ob., y Santa María Egipciaca.
- 3 *Miércoles Santo*.—(Abstinencia).—Santos Pancracio, ob. y m., Vulpiano, m., Ricardo, ob., Benito de Palermo, cf., y Agape y Quionia, vgs. y mrs.
- 4 *Jueves Santo*.—(Abstinencia).—Santos Isidoro, ob. y d., Ambrosio, ob., Teódulo, m., Platón y Zósimo, cfs.
- 5 *Viernes Santo*.—(Abstinencia).—Santos Vicente Ferrer, cf., Irene, vg., Zenón, m., y Juliana Corneliense, vg.
- 6 *Sábado Santo*.—(Abstinencia. Ordenes).—Santos Sixto I, p. y mártir, Marcelino, m., Celestino, p., Guillermo, ab., y B. Catalina.
- 7 *DOMINGO DE RESURRECCIÓN*.—† Santos Epifanio, ob. y m., Donato, Rufino y eps. mrs., Saturnino, ob., y el B. Hermán, cf.
- 8 *Lunes*.—Santos Jenaro, Máxima, Macaria y Concesa, mrs., Dionisio y Amancio, obs.
- 9 *Martes*.—Santos Demetrio, Conceso, Hilario y eps. mrs., Casilda, vg., y María Cleofé.
- 10 *Miércoles*.—(Hoy se saca ánima).—Santos Ezequiel, prof., Apolonia, Terencio, Africano, Pompeyo y eps. mrs., y Macario, ob.
- 11 *Jueves*.—Santos León Magno, p. y d., Antipas, m., Felipe, ob., é Isaac, monje.
- 12 *Viernes*.—Santos Zenón, ob. y m., Víctor, m., Visia, vg. y m., Julio, p., y Damián, ob.
- 13 *Sábado*.—Santos Hermenegildo, rey y m., Carpo, ob. y m., Máximo y eps. mrs., Urso, ob., y B Margarita, vg.
- 14 *Domingo*.—† *In Albis*.—Santos Justino el Filósofo, m., Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y Domnina, vg.
- 15 *Lunes*.—Santas Basilisa y Anastasia, mrs., y Santos Eutiquio y Crescente, mrs.
- 16 *Martes*.—Santos Toribio de Liébana, ob., Engracia y eps. mártires, Paterno y Fructuoso, obs.
- 17 *Miércoles*.—Santos Aniceto, p. y m., Elías, Pablo é Isidoro, mártires, y las BB. Mariana de Jesús, vg., y Clara, vd.
- 18 *Jueves*.—Santos Apolonio, m., Eleuterio, ob. y m., Antía y Perfecto, mrs., y la B. María de la Encarnación, fd.
- 19 *Viernes*.—Santos Timón, Vicente, Hermógenes, Cayo y eps. mártires, León IX, p., y Crescencio, cf.
- 20 *Sábado*.—Santa Inés de Monte-Pulciano, vg., y Santos Sulpicio y Serviliano, mrs., Marcelino, ob., y Teodoro, cf.
- 21 *Domingo*.—† *EL BUEN PASTOR*, Santos Anselmo, ob. dr., Arador, Fortunato, Félix y eps. mrs., y Anastasio Sinaita, ob.
- 22 *Lunes*.—Santos Sotero y Cayo, pp. y mrs., Apeles, Lucio, León y Teodoro, obs.
- 23 *Martes*.—Santos Jorge, Félix, Fortunato y Aquiles, mrs., y Gerardo, ob.
- 24 *Miércoles*.—Santos Fidel de Sigmaringa, Alejandro y compañeros mrs., Gregorio, ob., y Bona y Doda, vgs.
- 25 *Jueves*.—*Letanías mayores*.—Santos Marcos, Evangelista, Esteban, ob. y m., Aniano y Erminio, obs., y Franca, vg.
- 26 *Viernes*.—Santos Cleto y Marcelino, np. y mrs., Basileo y Pedro, obs. y mrs., Ricardo, presb., y Exuperancia, vg.
- 27 *Sábado*.—Santos Toribio de Mogrovejo, ob., Antimo, ob. y mártir, Pedro Armengol, cf., y los BB. Pedro Canisio, S. J., y Zita.
- 28 *Domingo*.—† *EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ*, Santos Prudencio, obispo y cf., Pablo de la Cruz, cf. y fund., Vidal y Valeria.
- 29 *Lunes*.—Santos Pedro, m., Agapio y Secundino, obs. y mártires, Millán, sold., m., Tertulia y Antonia, vgs., y Roberto, ab.
- 30 *Martes*.—Santa Catalina de Sena, vg., Santos Amador, Pedro y Luis, mrs., y Santa Sofía, vg. y m.